

CUADERNOS DE HISTORIA DE LA SALUD

FINLAY ANTE LA HISTORIA*

La vida del periodista, hecha de afanes renovados y de esfuerzos cotidianos, conoce poco de recompensa, de triunfos y de honores. Como el labrador de tierras ajenas, su tarea es arar y sembrar en el ingrato campo de la letra impresa y de las noticias, las cosechas que otros recogerán.

Pero a veces se producen instantes felices que compensan el afán de cada día. Este es uno de ellos. Ingresar en la Academia de la Historia de Cuba como miembro correspondiente, a propuesta del viejo maestro de historia y de periodismo, el ilustre doctor *Tomás de Jústiz*, a quien secundaron los doctores *Emeterio S. Santovenia*, *Cosme de la Tórmente*, *José M. Pérez Cabrera*, *Manuel I. Mesa Rodríguez*, *Juan J. Remos* y *Gonzalo de Quesada y Miranda*, y que mereció después la aprobación del pleno de esta docta corporación, constituye, además de la honda complacencia espiritual y moral, uno de los más grandes honores.

Para todos sea mi devoción y gratitud en este acto que proporciona el doble honor de servir a la Academia y a la Patria, cuya grandeza espiritual depende de la fortaleza y vigor de sus instituciones. Y ninguna más digna y preclara que la que cuida de la raíz histórica de nuestra nacionalidad, para mostrarla como ejemplo y guía de generaciones futuras.

Y llevo a las puertas de la Academia de la Historia, como periodista, fundamentalmente reportero, como amante de la investigación histórica, como devoto de las grandezas del pasado, pues periodismo e historia son mis dos amores en la esfera vocacional.

Perdonadme esta referencia reiterada, esta profesión de fe periodística, porque no he sido otra cosa en mi vida. Mis obras teatrales e históricas, son todas reportajes. Observad, si no, por ejemplo, los dos libros que me han ayudado a franquear, asistido de vuestra benevolencia, las puertas de la Academia; fueron dos reportajes de carácter histórico: los apuntes biográficos del indio *Hatuey* y los del doctor *Juan Guiteras*. Pero, ¿puede un reportero aspirar a ser académico, con esa sola credencial? ¿Puede un periodista, apoyado en su activa condición de amante de la investigación histórica, penetrar en esta docta corporación donde se encuentran los gráneos maestros del arte de la historiografía?

*Trabajo de Ingreso como Académico correspondiente en Marianao de la Academia de la Historia de Cuba, leído en la sesión pública del 22 de agosto de 1950.

La respuesta afirmativa va implícita en las palabras de un ilustre compañero en el diarismo, *Rafael Suárez Solís*, cuando dijo: « ¿Qué es un reportero de nuestros días sino un historiador? La Gran Bretaña se complace en divulgar que posee la institución más perfecta para el más detallado estudio de la historia del mundo: una hemeroteca biblioteca de periódicos y revistas- donde se conservan y se pueden consultar las colecciones más completas desde los primeros tiempos de la imprenta. Es entonces cuando vale definir la Historia, no como una teoría de anécdotas personales, sino como un proceso humano donde el hombre destacado se explica en un ambiente de precisos contornos. Que es ésa la tarea del periodista, y precisamente la del reportero».

Periodismo e Historia se compaginan y completan. La Prensa recoge diariamente las vibraciones de los pueblos, es el reflejo de la opinión pública, capta todos los momentos, tanto de la emoción popular, como del ambiente de sus clases gobernantes, de sus hombres representativos en los distintos sectores. Es el periódico fuente fundamental en que beben todos los historiadores cuando quieren captar el estado de ánimo del pueblo en las épocas pasadas, para poder situar a sus personajes en el ambiente que los rodeaba, en la atmósfera que aspiraron y en las circunstancias en que se desarrollaron. «Por eso -como afirmó acertadamente el profesor de la escuela Profesional de Periodismo, *Octavio de la Suarée*- un pueblo se conoce mejor, más adecuada y científicamente, a través de su Prensa que no importa cuál otra manifestación».

No podemos juzgar a los hombres ni los hechos del pasado sino cuando los estudiamos dentro del medio en que se desarrollaron y conjugamos el ambiente y los móviles emocionales de aquel momento histórico, que el periodista capta, describe y fija en función informativa y de interpretación de aquellos hechos, pero que así quedan plasmados, estereotipados para la posteridad. Los que ven la Prensa como ciencia afirman que «ninguno de los aspectos bajo los cuales se puede estudiar la vida de los hombres en sociedad le es extraño». Considerado el periodismo como ciencia, sub-dividido en las distintas ramas de la Historia, la Economía Política, la Sociología, etcétera, vemos que es la Historia la que predomina, pues más que rama, es tronco y raíz que extrae todo el jugo de los hechos y los incorpora. ¿No es ésta también la función primaria y principal de la Historia? Porque hay mucho en común entre el periodista y el historiador, es que éste busca en la vibración de los estados ambientales básicos y necesarios en el estudio del carácter, de la acción móvil de los hechos, las de-

bilidades las flaquezas, pasiones, perjuicios y errores de los personajes del pasado, que suelen coexistir junto a las grandes realizaciones, a la manera de las cumbres y depresiones físicas de la Naturaleza. El ojo avizor de la Prensa busca, mide y sondea en todas direcciones. De ahí el valor dimensional de sus observaciones e investigaciones para el historiador.

Así, al verme ante la Academia y dentro de ella, siento que se produce en mi humilde persona la yuxtaposición de mis dos amores, Prensa e Historia, como un estímulo deslumbrador para impulsarme más y más en el servicio de ambas y de la Patria. Siento también que en mis pobres merecimientos honráis principalmente a la clase periodística. Esto me obliga mucho más y colma mi gratitud hasta un grado de emoción que no pueden expresar los cortos vuelos de mis palabras.

FINLAY ANTE LA HISTORIA

He seleccionado como tema de mi trabajo de ingreso «Finlay ante la Historia», porque considero provechoso y necesario ir incorporando a sus páginas algunos personajes preclaros, cuyas figuras sobresalientes perviven sólo en la admiración, devoción y estudio de los anales técnicos y científicos de sus especialidades profesionales, sin que las dimensiones humanas y nacionalistas del genio y su obra sean recogidas por la Historia en toda su magnitud excelsa. Tal es el caso de *Finlay*. Él fue uno de los grandes forjadores del continente americano, uno de los grandes benefactores de la humanidad, y no puede ser su enorme personalidad ni la trascendencia de su obra elaborada en muchos lustros de experimentación constante y de luchas dogmáticas contra un medio hostil, quedar relegado en la Historia a la mención rutinaria de los descubrimientos importantes, que se registran sin darle los vuelos eternos de las grandes conquistas, de las mayores realizaciones universales. *Finlay* es uno de estos casos. *Finlay* es nuestro *Pasteur*, y uno y otro pertenecen a la Historia con la fuerza eterna del bien público por siempre renovado. Ya lo dijo el doctor *Emeterio S. Santo-venia*, ilustre historiador y presidente de esta Corporación: «Imposible es hablar de constructores de la América sin mencionar, y mencionar de manera descollante, a *Finlay*».

El profesor *Raimundo Lazo*, refiriéndose a la «doctrina martiana», afirmó que tendrá que ser incorporada a las doctrinas universales. También la «doctrina finalista» merece la consagración

Histórica, ya que *José Martí* y *Carlos J. Finlay* son máximos representantes del pensamiento cubano, uno en el orden político, otro en el científico. Ambas doctrinas serán impuestas por su trascendencia en la transformación de los pueblos: una fue forjadora de la libertad en su más alta significación humana, otra fue de liberación absoluta de la Humanidad de uno de sus azotes más terribles, que diezmaba poblaciones y sembraba el terror y la muerte a su paso.

La «doctrina martiana» es ya un principio arraigado en los cubanos. En esa obra tiene la Academia de la Historia una actuación firme, sólida y ejemplar, de fecundos trabajos y eficiente divulgación, de interpretaciones, de exaltación del genio, para hacer más perenne y lejana la gloriosa función de verter luz sobre las futuras generaciones. Pero en el caso de la «doctrina finlayista», hay mucho por hacer para situarla en todo su esplendor en las páginas de la Historia, y nadie con más alta jerarquía ni autoridad que este organismo tutelar de las memorias y grandezas de la Patria, en el tiempo y en el espacio.

«La historia del mundo es la historia de sus grandes hombres», dijo *Carlyle*, y aceptando esta definición del gran escritor inglés, podremos afirmar que la Historia de Cuba se resiente de zonas de penumbras en las que pierden perfiles y estatura grandes figuras de cubanos que no fueron caudillos, héroes y gobernantes. Al recinto sagrado de las ciencias, las letras y las artes le falta en algunos aspectos la radiante luz de la Historia sin cuyos fulgores no puede resplandecer en toda su grandeza en el ámbito nacional. El acento de nuestra Historia cae, con énfasis casi exclusivo, sobre los hechos militares y políticos, desentendiéndose un poco -tal vez demasiado- de la obra de los sabios, de los educadores, de los economistas, de los escritores, de los poetas y los artistas que no representaron de modo coetáneo, el papel político, como *Plácido*, *Heredia Varona*... Mas en las zonas oscuras de nuestra Historia y de nuestra Filosofía de la Historia, quedan inmersas muchas glorias cubanas, en hechos y personas, que yacen olvidadas como las notas dormidas en el arpa de la poesía becqueriana, esperando la mano que sepa arrancárselas.

Así, el caso de *Finlay* de *Romay*, de *Poey*, de *Arango* y *Parreño*, de *González Echeverría*, de *Esteban Pichardo*, de *Juan Francisco Manzano*, de *Francisco Albear*, de *Nicolás J. Gutiérrez*, de *Alvaro Reynoso*, de *Luis Montané*, de *Aniceto Menocal*, de *Juan Guiteras*, de *José H. Pazos*, de *Joaquín Albarrán*, de *Enrique Lluria*, de *Mariano Corona*, de *Brindis de Sala*, de *Ignacio Cervantes*, de

Luisa Martínez Casado, de José de Armas y Céspedes, de Manuel Socorro Rodríguez, de José S. White, de Enrique Fortún, Ramón L. Miranda y otros muchos.

Mi torpe mano no puede pretender esfuerzo alguno armonioso en tal sentido. Mis intentos de apuntes biográficos, como el del doctor *Juan Guiteras*, no tienen otro valor que el de respaldar con el ejemplo la tesis reivindicadora que hoy sustento en el seno de esta ilustre corporación, con la esperanza y la ilusión de que las altas personalidades que la integran y prestigian acojan esta humilde sugerencia mía que busca luz, más luz, para las zonas oscuras de nuestra Historia.



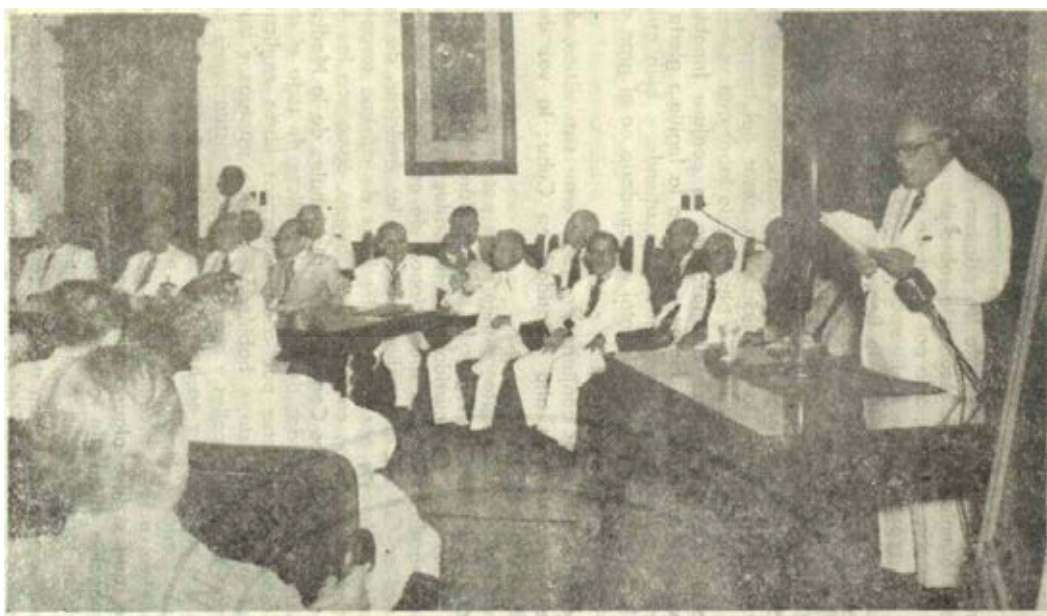


Figura 8. Presentando su trabajo de ingreso como Académico Correspondiente en la Academia de la Historia de Cuba.

LA CONJURA CONTRA *FINLAY*

Carlos J. Finlay debe ser de las primeras figuras que reciban el docto tratamiento de la Academia sobre el proceso de toda una vida y una obra gloriosa, a la par plena de interés humano y científico, que representaron la liberación de la Humanidad de uno de sus flagelos más terribles, la fiebre amarilla, y que franquearon las puertas del progreso hacia grandes realizaciones permanentes, a la par que nuevas perspectivas se abrieron, en lo económico, para la colonización del continente insalubre. Bien es verdad que en toda obra hay sus grandezas y sus miserias, pero en el caso de *Finlay* hay, además, la injusticia. Y a pesar del tiempo, y a pesar de lo que se ha escrito, y a pesar de la labor que se ha hecho, está latente, prevalece amenazadora la conjura innoble y proterva para arrebatarse a *Finlay* y a Cuba la legítima gloria de este triunfo científico, bien negándolo, discutiendo, o bien atribuyéndole a *Finlay* un papel incidental y secundario en el gran descubrimiento.

Contra esas míseras conjuras, contra el error sistemático, debe alzarse la voz de más alta autoridad en Cuba: la voz de la Academia de la Historia.

Finlay fue negado al pregonar la teoría por propios y extraños, fue negado después de lograr la confirmación de la misma, y a pesar de los años transcurridos de efectuados esos experimentos, de comprobadas todas las afirmaciones, de erradicado totalmente el mal en Cuba y en muchas zonas de las Américas, de reconocerle oficialmente por centros científicos de máxima responsabilidad, tanto en Cuba como en el extranjero, como son las Academias de Ciencias, los Congresos Internacionales de la Medicina, las afirmaciones rotundas de grandes científicos de todo el mundo, después de haberse publicado numerosos libros explicando todo el proceso finalista, y habiéndose erigido estatuas y bustos de *Finlay*, bautizadas calles y avenidas, creadas instituciones científicas con su nombre y en homenaje a su obra a pesar de todo ello, aún *Carlos J. Finlay* es negado, es disminuido en su estatura científica, o le es escatimada su gloria para ofrendarla a otro médico, que si tuvo alguna participación en la obra, fue en la comprobación oficial de la teoría, pero a quien no se le puede atribuir en forma alguna el descubrimiento.

Resulta asombroso que no sólo sean los norteamericanos los interesados en negar a *Finlay*, sino ver cómo le hacen coros franceses, italianos y hasta los propios hispanoamericanos. En trabajos

publicados, en libros, conferencias, y discursos olvidan el nombre de *Finlay* y atribuyen al doctor *Walter Reed*, presidente de la Comisión Médico-Militar Americana; que comprobó las teorías finalistas, la gloria de este gran experimento que corresponde por entero a *Finlay* y a Cuba.

Entre nosotros Han laborado intensamente para defender su gloria el Ministerio de Salubridad y Asistencia Social, la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, la docta corporación donde leyó su trabajo por primera vez, y la Federación Médica de Cuba, hoy Colegio Médico Nacional. También notables médicos, científicos, periodistas, escritores e instituciones como el Club Rotario de La Habana, la Asociación de Dependientes, el Club de Leones y otras han luchado en todos los momentos en que se ha producido la insidia a los ataques contra *Finlay*. Pero parece oportuno y necesaria que sea la Academia de la Historia de Cuba la que diga su palabra orientadora, definitiva, y brinde el apoyo y el respaldo de su autoridad suprema a los que luchamos aislados contra las perfidias, las malas artes o la ignorancia de esos enemigos gratuitos de una gloria cubana y del mundo.

He aquí una hermosa tarea, digna de esta preclara Institución, que en función tutelar de los valores históricos se impone en su Reglamento el deber de «propender a la relación fiel de los hechos que constituyen el acervo de la historia nacional, con respeto austero de la verdad y sereno espíritu de justicia». En el caso de *Finlay*, este deber se hace más palmario y trascendente para la defensa de los fueros de la verdad histórica de la nación ante hechos de magnitud internacional, trabajando en concierto con las demás academias afines del mundo entero, hasta lograr, de una manera fehaciente, que estos organismos den pleno reconocimiento a la obra finalista.

Y ¿podemos afirmar, en la hora actual, que el gran descubrimiento está reconocido en el mundo entero? ¿Podemos afirmar que su obra científica proclamada en 1881, haya alcanzado la divulgación necesaria en el universo? ¿Podemos estar tranquilos respecto a este reconocimiento en todas las historias de las ciencias médicas, en todos los libros que se publican en el mundo? Las respuestas a estas preguntas no son satisfactorias.... Todavía, pese a todas las declaraciones realizadas, pese a todas las afirmaciones oficiales, pese a todo lo expuesto por personas y entidades cubanas en relación con la personalidad y la obra de *Finlay*, ambas siguen siendo discutidas. No se ha colocado a *Finlay*

en el verdadero puesto que le corresponde en la historia de la Medicina. Aún se desconoce su labor, aún persiste una mala información dada por numerosos libros publicados acerca del doctor *Reed* y la Comisión Médico-Militar Americana, a los que se les atribuye falsamente el descubrimiento del mosquito como agente de transmisión de la fiebre amarilla. No debemos ni podemos cejar en el empeño de esclarecer la verdad a plenitud. El problema *Finlay* está planteado de manera permanente, y hasta tanto no se logre una declaración de carácter oficial de las Academias de la Historia, de las Academias de Ciencias Médicas del mundo, como organismos máximos oficiales de estas cuestiones, reconociendo la personalidad de *Carlos J. Finlay*, no se habrá honrado lo suficiente la gloria del gran médico y científico cubano, y estará permanentemente convalidada y atacada la deformación de un hecho de carácter histórico que a todos nos debe doler y ofender como mengua injusta de derechos y de prestigios legítimos de nuestra nación.

Es necesario que la figura excelsa del más grande de todos los médicos cubanos tenga el capítulo que le corresponde en la Historia de Cuba, pero también estamos en el deber de hacer que ocupe el lugar que le tiene asignada su obra y su gloria en la Historia Universal.

He ahí la tarea que ambiciono ver realizada. Este trabajo de ingreso como miembro correspondiente, sólo aspira a levantar vuestro entusiasmo para luchar denodadamente hasta alcanzar las debidas reivindicaciones donde quiera que el error subsista.

Mi contribución, correspondiente a vuestra gentileza, es ésta, mi aporte, mi esfuerzo, mi trabajo, mis débiles facultades al servicio de esta causa, que es una de las causas más grandes que puede realizar la Academia de la Historia para dejar situado donde en realidad y merecidamente le corresponde, para mantener el principio de verdad histórica que debe predominar como base fundamental y hacer bueno el apotegma de *Cicerón*: «La primera ley es que el historiador no debe atreverse nunca a consignar lo que es falso; la segunda que nunca se atreverá a ocultar la verdad; la tercera, a que no haya en su obra la menor sospecha de favoritismo o de prejuicio».

Y es, señores académicos, que en el caso de *Finlay* se está falseando abiertamente la verdad, alterando y destruyendo la verdad. He ahí la clase de deformación histórica contra la que *Cicerón* reclamaba una ley punitiva, y *Croce* el mayor de los vituperios. Y es un deber esforzarnos por impedir que la verdad continúe oscurecida, ni siquiera confusa.

OMISIONES, FALSEDADES Y VERDADES A MEDIAS...

Especialmente, los norteamericanos, por acción u omisión han deformado la verdad o han consentido la falsedad histórica. *Walter Reed* fue el beneficiario del descubrimiento finalista, pero no fue el descubridor. En cierto modo estamos ante un nuevo *Américo Vespucio*, en el campo científico de menor resonancia, como dijo el doctor *Diego Tamayo*.

Antaño y hogaño la debilidad humana se ha mostrado proclive a estas usurpaciones. Pero en la patria de *Washington*, *Franklin* y de *Lincoln* -arquetipos veraces— es más vituperable aún el escamoteo de la fama, pues como bien dice *Herminio Portell Vilá*, «los Estados Unidos cuentan con grandes glorias positivas e indiscutibles en todos y cada uno de los campos de las actividades humanas y no necesitan ni han necesitado basar su grandeza en la usurpación de glorias ajenas».

Siguiendo la misma corriente de la viciada fuente sajona, otras obras, trabajos y diccionarios ingleses han olvidado a *Finlay* y hasta han atribuido el descubrimiento finalista al médico norteamericano.

Y así, por expansión viciosa del error original, vemos propalada la falsa información en obras de carácter científico, histórico, didáctico, en diccionarios, enciclopedias, etcétera, tanto ingleses, como españoles y franceses. Todos contribuyen, con su autoridad científica o editorial, a consagrar la superchería, desconociendo de manera fundamental la bibliografía de *Finlay*, en todos los aspectos, y los numerosos estudios que sobre el finalismo se han publicado. Y ésa es la base del error en que caen al hacer estos trabajos sin la documentación cierta necesaria para obras de esta importancia y responsabilidad.

Otros de sus impugnadores admiten el descubrimiento, pero le restan valor científico, atribuyéndoselo a pura casualidad, a golpe fortuito. Aquí el error es más culposo y contumaz. Nada menos exacto y más falto de fundamento que esta apreciación, ya que si revisamos todo el proceso de sus investigaciones y experimentos desde su inicio hasta la comprobación final de su teoría, llegamos a la conclusión de que se dedicó por entero, lustro tras lustro, a desentrañar lo que en la época pasada era uno de los más insondables misterios de la ciencia y contra el cual habían fracasado grandes científicos e investigadores de todas las nacionalidades.

El doctor *Antonio Díaz Albertini*, quien conoció a *Finlay* precisamente en la época de sus trabajos de investigación siendo estudiante de medicina, y que después fue su compañero y médico

hasta su muerte, dijo: «El descubrimiento no fue casual, sentó premisas, dedujo conclusiones, hipotéticas primero, y las confirmó más tarde con sus estudios experimentales».

La personalidad científica de *Finlay* está más que ampliamente definida. Su vida de estudiante, sus pasos iniciales en la profesión, su afán investigador, su gran espíritu de observación, su amor al estudio y su perseverancia en los propósitos lo hicieron buscar la causa y el efecto de los males, primero en la epidemia de cólera, después en la fiebre amarilla, en cuya cruzada se enrola como un fanático en busca del enemigo oculto para desentrañar todo el misterio que encierra este mal y poder entonces abatirlo y destruirla, para impedir que el flagelo siguiera diezmando la Humanidad, sembrando dolor y cosechando muerte.

Investigar la causa de la fiebre amarilla fue su gran tarea. A ella dedicó sus mejores actividades. Trabajó con tesón extraordinario. Exploró por diversos caminos antes de encontrar la ruta cierta, sufrió fracasos y el cruel zarpazo del desaliento, pero reaccionó siempre con nuevos bríos de su voluntad inquebrantable para servir a la ciencia y continuar la lucha, sin abandonar jamás sus constantes experimentos, agotando todas las pruebas de hipótesis alentadoras, y aun retrotrayendo sus estudios a la época precolombina. Igualmente agotó todos los estudios etiológicos en infinitos casos; buscó, en cada uno, los vehículos de contagio, y observó que muchos enfermos no habían tenido contacto alguno con el contaminado. Así llegó a la conclusión definitiva del agente intermediario, pero había que buscarlo entre múltiples factores hipotéticos, procediendo por eliminación antes de arribar a un plan positivo para formular una teoría. Y hasta cuando ya la tiene, modesto, tímido, no se atreve a hacer públicas afirmaciones de lo que ya sabe, de lo que consta; siempre quiere comprobar nuevamente sus infatigables experimentos.

«Fue *Finlay* en fiebre amarilla, como apunta el doctor *Díaz Albertini*, historiador, patólogo, clínico, entomólogo, terapeuta, bacteriólogo; llenó el capítulo de la enfermedad. Era el primero en su tiempo y el que mejor la estudió y conoció.»

El ilustre doctor *Octavio Montoro*, en brillante estudio que realizó del sabio, afirmó «que constituye uno de los pasos de avance más gigantescos en medicina tropical y señala el momento en que se establecen los sólidos fundamentos de toda la ciencia sanitaria moderna, al propio tiempo que se abrió la senda que ha conducido al descubrimiento de la etiología y de la patogenia de los más grandes azotes de la Humanidad».

Su obra científica marcó una etapa de importancia vital en la medicina. Su genio creador no sólo señaló el mosquito como agente

de transmisión de la fiebre amarilla, sino que también señaló el camino, marcó la trayectoria, mostró los métodos para exterminar y erradicar la enfermedad, librando a los pueblos de miles y miles de víctimas que anualmente ocasionaba este mal, considerado como uno de los más terribles que ha tenido la Humanidad y especialmente los trópicos. La obra finalista hizo prósperas regiones inhóspitas.

Esta obra genial y tesonera, que a los mal informados o peor intencionados le niegan o regatean a *Finlay* y a Cuba, es la que hay que fijar con plena autoridad y rigor en la historia patria y, por extensión reivindicatoria, en la del mundo.

Fue un hombre extraordinario en todos los sentidos; recatado, modesto hasta un límite en que los miopes ven desvalimiento; pero de una capacidad de trabajo inigualable, unida a un gran talento cultivado en el orden médico y en todas las ciencias afines con su profesión, así como también en literatura y en historia, a las que amó con devoción.

«La laboriosidad del doctor *Finlay* —dijo el doctor *Juan Guiteras*— es pasmosa. En medio del trabajo constante de su profesión y de la producción frecuente de escritos sobre asuntos de Patología y de Terapéutica, en los que se adelanta generalmente a sus compatriotas, como puede verse en sus trabajos sobre la filaria y el cólera, encuentra tiempo, por ejemplo, para descifrar un antiguo manuscrito en latín, haciendo acopio de datos en fuentes históricas, heráldicas y filológicas para comprobar que la Biblia, en que aparece el escrito, hubo de pertenecer al emperador *Carlos V*, en su retiro de Yuste; o trabaja en la resolución de problemas de ajedrez, de altas matemáticas o filología; o elabora complicadas y originales teorías sobre el Cosmos, en las que figuran hipótesis atrevidas sobre las propiedades de las sustancias coloideas y el movimiento en espiral. Más recientemente, en medio de la labor mecánica y cansada de una oficina del Estado, y cumplidos ya los setenta años, se familiariza hasta conocer a fondo todas las doctrinas de la inmunidad y las teorías de *Methchnikov*, *Ehrlich*, *Buchner*, presentando su propia concepción del intrincado problema».

FINLAY, HISTORIADOR

Pero también debemos hacer un breve apunte sobre la condición de *Finlay* como historiador, ya que estamos en la Academia de la Historia y es oportuno destacar este aspecto, como acicate para que doctas mentes ahonden el tema y se enriquezcan nuestros Anales, nuestras publicaciones con nuevos aportes encaminados a dejar definida su personalidad como historiador.

En la sesión de la Academia de Ciencias Médicas Físicas y Naturales de la Habana, celebrada el día 23 de noviembre de 1884 (ya había leído su memorable trabajo sobre el mosquito, el 14 de agosto de 1881), ofreció un interesante estudio que tituló *Apuntes para la Historia Primitiva de la Fiebre Amarilla*, donde hace un amplio y detallado análisis de modalidad histórica, remontándose a los días antes del descubrimiento del Nuevo Mundo, para encontrar en las enfermedades de los primitivos habitantes de América, especialmente en las Antillas, testimonios esclarecedores de los orígenes del morbo, para saber si la fiebre amarilla fue importada o era originaria de estas tierras.

Revisa en este trabajo todas las historias de las Indias, penetra a fondo especialmente en la obra del *Padre Las Casas*, *Herrera* y *Oviedo*, haciendo de este último un comentario crítico, donde lo acusa, afirmando:

« que este cronista, quien sólo vino a América diez años más tarde , ha solido incurrir en frecuentes errores de fecha; hay pues que dar más créditos a los otros dos historiadores, *Las Casas* y *Herrera*, ambos tuvieron a la vista los manuscritos del Almirante, y el segundo tuvo a su padre y a su tío en la Isla por aquellos tiempos».



Figura 9. *Recibiendo la Imposición de la medalla de Académico de la Historia de Cuba de manos de su ilustre maestro el profesor Tomás Jústiz del Valle. Detrás aparece el doctor Julio Morales Coello.*

Como se observará por este solo detalle, se puede apreciar su condición de investigador histórico, ya que no se conforma con los datos de algunos historiadores de la época, sino que rebusca otros y los estudia todos, los compara, los analiza, los glosa y los interpreta para sacar de los mismos la verdad, punto básico a que tiene que llegar el historiador y el investigador aplicado a situar el hecho en el verdadero lugar que le corresponde en las páginas de la Historia.

En este trabajo sobre antecedentes de la fiebre amarilla, cuya base de investigación es netamente histórica, dice *Finlay*:

«Tras un detenido estudio creemos poder afirmar que, aparte de aquellas afecciones zimóticas conocidas ya de los europeos antes del Descubrimiento, y que estos importaron a la América, no se ha señalado en estas regiones durante los últimos dos siglos, de que tenemos noticias bastantes exactas, ninguna enfermedad susceptible de revestir formas epidémicas, de fijarse en determinadas localidades y de conferir inmunidad contra su repetición en el mismo individuo, más que la fiebre amarilla y sus formas derivadas: la remitente biliosa o la inflamatoria biliosa».

Y asegura en las conclusiones definitivas de este trabajo, lo siguiente:

«1o Antes del Descubrimiento de la América por los españoles, la fiebre amarilla era endémica en las costas del mar del Norte de Nueva España (Veracruz en particular) y en Tierra Firme (Darién, Nombre de Dios); perpetuándose sin duda, en esos lugares en virtud de las comunicaciones con las tierras altas y frías, de donde vendría gente apta para reproducir, en toda su fuerza, el primitivo agente morbígeno. 2o Los Indios Caribes de las Islas, a consecuencia de sus frecuentes excursiones a las costas de Tierra Firme, donde creen algunos que se proveían de la «yerba ponzoñosa», hubieron de recoger los gérmenes de la pestilencia que llevarían a sus respectivas islas (Antillas menores), de manera a ocasionar nuevas epidemias, siempre que allí encontrasen individuos en aptitud de contraer la enfermedad. 3o La Isla de Santo Domingo, salvo quizás, la provincia de Higüey, que solían visitar los Caribes, no ha debido ser invadida por la pestilencia hasta el año de 1495; habiéndose contagiado el Almirante el año anterior de 1494 en las costas de Higüey. Después de la epidemia general de 1495-96 que destruyó la mayor parte de los españoles y la tercera parte de la población indígena, quedaría constituida allí la fiebre amarilla bajo el mismo pie, con las

mismas alternativas y con las mismas inmunidades que suelen presentar hoy en estas islas. 4o La isla de Cuba, por singular excepción, a pesar de su proximidad a los focos de infección y debido sin duda a la benignidad de su clima, quedó libre de la invasión de la fiebre amarilla durante los 138 primeros años de su población por los españoles, hasta el de 1649, en que fue introducida la pestilencia desde el vecino continente y se extendió por toda la Isla destruyendo la tercera parte de sus habitantes el primer año y continuando desde luego sus estragos hasta 1655. Después de esta fecha, pudo permanecer con el carácter de fiebre amarilla frusta o de biliosa inflamatoria; pero transcurrieron otros 136 años sin que volviese a señalarse otra invasión de la pestilencia. Al cabo de ese tiempo, en 1761, fue nuevamente importada desde Veracruz la fiebre amarilla grave, ensañándose en los forasteros; y esa vez, con la ocupación de La Habana por los ingleses y la renovación anual de gente forastera, llegó a constituirse en perenne y constante endemia, la misma que lleva actualmente 123 años de persistencia en esta capital, si bien mitigada por las fluctuaciones estacionales que siempre caracterizan la enfermedad».

Pero aquí no terminan sus trabajos de tipo histórico; en aquella misma sesión fue refutado por el doctor *Antonio Mestre*, indicándole que sus deducciones no estaban de acuerdo con las afirmaciones del doctor *Tomás Romay*, formuladas en el año 1797, a lo que le responde con otro trabajo titulado *Nuevas consideraciones acerca de la Historia de la Fiebre Amarilla* que fue leído en la sesión de la propia Academia de Ciencias, del 28 de Junio de 1885, donde hace también un amplio estudio de todos y cada uno de los puntos emitidos y rebatiendo aquéllos a la luz de nuevas investigaciones y afirmado;

«1o La opinión del Dr. *Romay* acerca de aquellas fiebres pútridas intermitentes o remitentes, biliosas o linfáticas que, dice, exterminaron a los intrépidos conmillitones de Colón y de Ovando; y así mismo la aseveración de aquel sabio facultativo cubano de que antes del año 1762 la fiebre amarilla no había invadido a la Habana, no puede hoy sostenerse en vista de las investigaciones modernas. 2o Los caracteres que ofrecen en común las primeras descripciones de la fiebre amarilla epidémica, observada a principios del presente siglo, con las del «vómito prieto» de La Habana en 1761, con la Peste o la Epidemia de las Antillas francesas en 1648-1649 y en 1693- 1707, con la Peste o Epidemia de La Habana en 1649 y, quizás

también con la epidemia de «fiebres malignas o perniciosas» de La Habana en 1620, permiten afirmar que esas pestilencias han debido ser ocasionadas por una misma enfermedad. 3o Las pestilencias mencionadas en Santo Domingo, San Sebastián, Nombre de Dios, Darién, Cartagena, Portobelo, Veracruz, etc., durante los primeros 150 años después del Descubrimiento de Colón, a pesar de la vaguedad y de la escasez de los datos positivos que tenemos, puede, sin embargo, identificarse también con las epidemias o pestes a que se refiere la proposición anterior, por el hecho de no conocerse otra enfermedad, capaz de producir los mismos efectos en esas localidades, más que la fiebre amarilla epidémica».

Para llegar a estas conclusiones hace un extenso estudio citando todas las obras de la historia consultadas, todos los datos de que ha hecho acopio para respaldar sus afirmaciones. La solidez de los argumentos mereció la cálida felicitación de su oponente, el doctor *Mestre*, y el reconocimiento de la Academia de Ciencias por ese valioso aporte hecho a la historia de la fiebre amarilla.

EN FIEBRE AMARILLA SOLO SE SABE QUE EL MOSQUITO LA TRASMITE

Hablar de azar en un descubrimiento logrado tras ese método de investigación de un sabio médico, que busca los antecedentes etiológicos e históricos del morbo que estudia, remontándose a las brumas de los datos precolombinos, y que en su época, cuando la teoría microbiana de *Pasteur* se está abriendo paso a brazo partido, él en Cuba, levanta la teoría de su grande, laborioso y genial descubrimiento, de igual base científica precursora; hablar de azar ante ese glorioso y continuado esfuerzo de casi toda una vida, es una monstruosidad, una blasfemia cuando no una ingratitud, ya que estos penosos trabajos de investigación estaban dirigidos a un solo fin humanitario: descubrir las causas de la fiebre amarilla impulsado por el noble afán de evitar la enorme mortandad que provocaba; y con esa idea como punto central de su pensamiento inició y continuó sus estudios, sus investigaciones, sus experimentos; tuvo que anotarse muchos fracasos y muchos desalientos en su labor, aunque su perseverancia y su fe religiosa siempre lo ayudaban en su esfuerzo científico y le proporcionaban nuevos bríos, hasta que al fin halla el control de la infección al descubrir el vehículo trasmisor del mal amarillo: el mosquito. Empero, fue bastante para la erradicación ulterior del mal.

Casi en aquellos mismos días, en 1876, *Pasteur* escribía a su esposa sus pesimistas impresiones sobre la fiebre amarilla, y le decía en uno de sus párrafos:

« ¡Dios quiera que encuentre algún microorganismo específico en esas desdichadas víctimas de la ignorancia médica! Después sería verdaderamente hermoso poder transformar el agente de la enfermedad en su propia vacuna. La fiebre amarilla, el cólera y la peste son las enfermedades más graves conocidas. Has de saber, por lo demás, que ya es mucho poder plantear el problema en estos términos».

Pasteur, el inmenso *Pasteur*, nada encontró en la lucha contra ese flagelo terrible, mientras en esta isla antillana, un sabio cubano le arrancaba a la Naturaleza el único secreto que le ha sido revelado al hombre: el medio de transmisión.

Después de *Finlay*, y a pesar de todos los estudios realizados hasta el momento presente, de fiebre amarilla, sólo sabemos que se trasmite por el mosquito y de determinada especie-*Culex* o *Este- gomia fisciata*— según la teoría irrefutable de *Finlay*, expuesta en 1881, porque, como dice *Anthony Standen* en su obra *Los insectos invasores*, «el organismo que la origina es todavía desconocido».

¿Puede darse gloria más firme? ¿Podemos los cubanos consentir que nos la discutan y arrebatan?

Es necesario, repetimos, la divulgación de estos hechos y de la grandeza del descubrimiento de *Finlay* para que no sean solo unos pocos cubanos sino todos los cubanos y muchos extranjeros los que se apresten a la defensa de la verdad y la justicia, porque si bien es cierto, como expresa un viejo axioma, que «la ciencia no tiene patria», sin embargo, cabe repetir de nuevo con *Pasteur*, «los sabios sí la tienen».

LIBERTAD POLITICA Y LIBERACION DE LA FIEBRE AMARILLA

Si la fiebre amarilla no hubiera sido erradicada de Cuba por el genio de *Finlay*, otra hubiese sido su historia en las postrimerías de la guerra de independencia y después; otra su historia en los aspectos económicos favorecidos por las corrientes inmigratorias deseables y por la afluencia de capitales de inversionistas; por la expansión colonizadora en los campos; y otra, en fin, la historia sanitaria cubana, donde han surgido prestigios internacionales como *Finlay*, *Cuiteras*, *López del Valle*, *Enrique Núñez*, *Hugo Robert*, *Emilio Martínez*, *Jorge LeRoy* y tantos otros que dieron impulsos, glorias y garantías de eficiencia a los cauces supremos de la salud pública.

He ahí algunas de las múltiples razones de la fuerza histórica que reclaman amplio tratamiento de nuestros historiadores, con *Carlos J. Finlay* como epicentro. ¿Qué hecho científico, qué descubrimiento médico, qué acontecimiento trascendental se ha registrado en Cuba, antes y después de su independencia, equivalente en importancia a este descubrimiento?

La libertad política y la liberación de la fiebre amarilla, en su advenimiento casi simultáneo, son hechos gloriosos que merecen por igual, dentro de su esfera de influencia en la Historia de Cuba, el reconocimiento de la posteridad.

El machete y la quinina fueron dos armas redentoras en los campos de Cuba libre. Ambas llegaron a ser dos símbolos supremos de la lucha cruenta para los dos frentes de combate: contra las fuerzas españolas y contra la insalubridad. Uno y otro enemigo fueron vencidos en ambos frentes. La lucha sanitaria fue más larga, pero también gloriosa. ¿Por qué no exalta la Historia a plenitud esa otra lucha contra el microbio, también épica y de resonancia internacional.

«Ambos, el héroe y el sabio -ha dicho Ramón y Cajal- constituyen los dos polos de la energía humana, y son igualmente necesarios al progreso y bienestar de los pueblos; pero la trascendencia de sus obras es harto diversa. Lucha el sabio en beneficio de la Humanidad entera, ya para aumentar y dignificar la vida, ya para ahorrar el esfuerzo humano, ora para callar el dolor, ora para retardar o dulcificar la muerte».

Nosotros, que tanto nos enorgullecemos de nuestros héroes -vivos o muertos—, para los que tenemos siempre el más cariñoso de los recuerdos y siempre rendimos emotivo homenaje a su memoria o les miramos con sereno respeto y honda admiración, la que tributamos aquí, desde esta tribuna, a los señores académicos que además hicieron nuestra Historia con su valor y sacrificio en los campos de batalla, y para todos los que fueron en la guerra mambises valientes y hoy en la paz son testimonios vivos y venerados de aquella epopeya que marcó una etapa de gloria para que Cuba fuera libre e independiente; nosotros, que tanto nos entusiasmos con los relatos que recogen las páginas de nuestra Historia, con sus épicas proezas, y que sufrimos con los grandes sacrificios que se sucedieron en el pasado, hemos de conjuntar voluntades y redoblar esfuerzos para lograr la dignificación debida a sabios, escritores y artistas por sus obras en el campo del pensamiento, de la ciencia, de la educación, de las letras y de las artes, para que las futuras generaciones a la vez sepan quiénes fueron y qué hicieron; y encatrinándose así con su figura, honren con la devoción merecida

a los sabios y a los héroes. Ambos fueron fundadores y forjadores de la patria. V los sabios, los educadores, los artistas y los escritores siguen laborando sin tregua por una patria mejor.

Es contemplando este edificante y permanente aspecto de nuestra Historia que aspiramos a ver cultivadas con parigual esmero sus otras grandezas y bellezas.

La enseñanza de la Historia que tiene que ser una asignatura básica y con tiempo necesario para su explicación en nuestras escuelas y centros superiores de enseñanza, al propender a la consecución de la verdad, ha de poner su acento en otras grandezas de la Patria de fuerza espiritual y por tanto, eternas.

Así lo han confirmado distintos historiadores, como *Manuel I. Mesa Rodríguez*, *Fernando Portuondo*, *Felipe Pichardo Moya*, *Levi Marrero* y otros. Y abonando a estas mismas ideas, debemos afirmar que la Historia de Cuba, precisamente, tiene un importante papel que desarrollar en la mente del niño y del adulto: hacerle conocer de la manera más clara y sencilla posible la verdad de lo ocurrido en nuestro pasado, de aquellos hechos de más trascendencia, más importantes y decisivos, para que forje su conciencia, para que tome los ejemplos, para que sepa honrar a los grandes hombres y mujeres que fueron forjadores de la Patria en la guerra, y los que la ennoblecieron y aun engrandecen en las letras, en la educación, en las ciencias, en la economía, en las artes, como acertadamente afirmara el notable historiador y académico profesor *Manuel I. Mesa Rodríguez* en el I Congreso Nacional de Historia:

«...lograr ciudadanos, ya que los factores más vitales de la Cívica se pueden obtener por la derivación del concepto que la nacionalidad y de la patria y del individuo adquiere el ciudadano, comparando no sólo su historia desde el punto de vista guerrero, sino también del social, político y económico que no ha sido preparado nunca por el humo de la pólvora, sino por la labor de siembra realizada por los hombres de ciencia y de letras, porque como dijo *Martí*, «trincheras de ideas pueden más que trincheras de piedras».

UN CAPITULO DE LA HISTORIA: *FINLAY*

La divulgación de la obra y personalidad del doctor *Carlos J. Finlay* debe ser obra permanente, tanto de carácter nacional como internacional. Insistimos en este aspecto de la cuestión, pues es necesario, es fundamental, es imprescindible que su obra sea en la escuela conocida más allá de la breve referencia a su descubrimiento; que los escolares cubanos sepan a fondo quién fue,

ya que inculcando en la mente de los niños la personalidad de nuestro gran sabio, el más grande de los médicos cubanos y de uno de los primeros científicos del mundo, en su lucha admirable y ejemplar contra morbos terribles, su obra vivirá eternamente, y se rendirá un votivo homenaje a su memoria en todos los tiempos, a la par que se desenmascarará a los usurpadores de su gloria, que es un precioso patrimonio nacional.

Revisando el Código Escolar, esa magnífica obra de dos queridos e ilustres compañeros en el periodismo, *Lisandro Otero Masdeu* y *Osvaldo Valdés de la Paz*, he podido observar que la legislación vigente en materia de conmemoraciones escolares excluye de manera total y absoluta la festividad del «Día del Médico» y el «Día de la Medicina Americana», que se celebran precisamente el 3 de diciembre de cada año, fecha del natalicio del gran sabio cubano *Carlos J. Finlay*. Bien es verdad que ese natalicio no es una fecha escolar, pero sí debía ser una conmemoración escolar, a fin de que el maestro -supremo forjador del alma y de la mente del niño- explique en ese día a sus alumnos lo que no está escrito en los libros de texto, la importancia y significación de lo que fue la fiebre amarilla en Cuba y la obra del gran sabio cubano.

El 3 de diciembre de cada año es el homenaje al médico, debido a la feliz creación del gran periodista doctor *Guillermo Martínez Márquez*; y es también la fecha de la Medicina Americana, por acuerdo adoptado en el Congreso Panamericano de Medicina, a propuesta del doctor *Horacio Abascal*, para honrar a todos los grandes médicos del Continente, y es a la vez el día de *Finlay*. En esas conmemoraciones hay una excelente oportunidad para concentrar todos esos homenajes en una breve charla de tipo pedagógico en todas las escuelas, y evocar lo que fue el azote de la fiebre amarilla haciendo una breve síntesis biográfica del sabio, pues como dijo *Roberto Pérez Acevedo*, «La Historia influye más de lo que algunos creen en la mentalidad infantil». Y si llevamos a la mente del niño su labor, estamos enseñándole perseverancia en los esfuerzos, fe en el éxito, afán y dominio en la observación, y al mismo tiempo inclinándole a reverenciar a uno de los grandes de la Humanidad.

«En las historias de Cuba -ha dicho el doctor *Francisco Domenech*-, donde se consignan las guerras con todo lujo de detalles no se habla de la evolución económica del país, de sus cuadros sociales; no se consignan empresas científicas, tales como la desaparición de la fiebre amarilla, las exploraciones geológico-zoológicas que dieron prueba de los antecedentes prehistóricos de la Isla, etcétera.

Por eso abogamos por que la obra y la personalidad de *Finlay* se incorporen en las páginas de la Historia de Cuba, que tenga su Capítulo permanente de afirmación nacionalista y consagrada, como un faro de luz radiante para las generaciones futuras. He ahí la mejor forma de homenaje, no sólo el «Día del Médico», sino todos los días del año.

DEFENSA AISLADA FRENTE AL ATAQUE SISTEMÁTICO

La bibliografía, tanto americana como europea, en relación con la fiebre amarilla, con la historia de la medicina, con los descubrimientos de la ciencia, y donde se desconoce la obra de nuestro genial *Finlay*, va siendo numerosa. Como periodista he cumplido con mi deber saliéndole al paso a todos esos errores de carácter histórico de que he tenido noticias, tratando de situar la verdad en su verdadero lugar, y patentizando la gran injusticia que se comete, ora por ignorancia, ora por mala fe.

En esta labor, justo es mencionarlo aquí para que sus nombres consten, muchos médicos, escritores, periodistas y profesores han sabido defender también en todo tiempo su gloria. Paladines de esta noble causa han sido los señores *Juan Guiteras, José A. López del Valle, Jorge LeRoy, Mario G. Lebrede, Federico Torralbas, Emilio Martínez, Francisco María Fernández, Francisco Domínguez Rol- dán, Diego Tamayo, Antonio Díaz Albertini, Clemente Inclán, Octavio Montoro, José R. Andreu, José A. Presno, Enrique Saladrigas, Horacio Ferrer, Angel Vieta, Emilio Roig de Leuchsenring, Herminio Portell Vilá, Guillermo Lage, Pedro Nogueira, José Bisbé, Mario E. Dihigo, Juan Govea, Horacio Abascal, Fernando López Fernández, Emilio Gómez, Gregorio Alonso, Gabriel Suárez Solar, Gilberto Ce- pero, Félix Hurtado, Domingo F. Ramos, Manuel Galigarcía, Roberto Gómez González, Gustavo Adolfo Bock, Mario LeRoy, Juan M. García Espinosa, Miguel A. Tamayo, Conrado W. Massaguer, Alberto Recio, Octavio Rivero Partagás, Luis Rodríguez Machín, R. de Castro, Julio Morales Coello, Osvaldo Valdés de la Paz, Mariano Sánchez Roca, David Aizcorbe, Ortelio Martínez Fortún, Francisco Leza, José López Sánchez, J. M. Martínez Cañas, Miguel A. Rivas Agüero, Francisco Martínez de la Cruz, Rodolfo Pérez de los Reyes, Carlos M. Piñeiro, Vicente Banet, Flora Basulto de Montoya, Guillermo Martínez Márquez, Ramón Vasconcelos, Mario Massens Vázquez, Alberto Recio, Arnaldo Coro, Laureano Falla, Miguel A. Tariche, Julio C. González Rebull, Rafael Calvó Fonseca, Arturo Curbelo, Feliberto Ramírez Corría, Serafín García, Rogelio Franchi Afaro, Angel Gutiérrez, Filomeno Rodríguez, Guillermo Gener, Mariano Díaz y Díaz y otros que en estos instantes no recuerdo.*

También debo citar especialmente al doctor *Julián Govea*, distinguido médico finalista, quien refutó en «La Tribuna Médica» los conceptos emitidos por el profesor *Charpentier* en su obra *Los Microbios*, atribuyéndole a la Comisión norteamericana la gloria de *Finlay*. Es esa ocasión, como en todas las malévolas deformaciones de la verdad histórica salimos periódicamente al encuentro de la injusticia.

Igualmente en la obra del doctor *Charles E. A. Winslow*, uno de los más distinguidos hombres de ciencia, que fue presidente de la Sociedad Americana de Artes y Ciencias, Sociedad de Biología y Medicina, así como también miembro de la Fundación Rockefeller, delegado de los Estados Unidos en la Cruz Roja y en la Liga de las Naciones, y actualmente profesor de Medicina de la Universidad de Yale, en esa obra reciente y traducida al español titulada *La Lucha contra las enfermedades*, el doctor *Winslow* intenta hacer historia de las enfermedades epidémicas y ofrece un interesante trabajo, pero, como es de ritual en estos casos, no trata con la consideración debida al sabio cubano ni sitúa al descubridor del mosquito en el lugar que le corresponde en la lucha contra ese azote.

En el capítulo XI de esta obra de *Winslow*, hace historia de todo lo relativo a esta enfermedad, señalando sus orígenes en los años 1493 y 1496 y termina afirmando categóricamente: «El enigma de la fiebre amarilla tuvo que esperar hasta los albores del siglo XX para encontrar su solución», en el capítulo XVII, titulado *El insecto transmisor*, refiriéndose al descubrimiento, atribuye el mismo a la Comisión Americana que presidía el doctor *Reed*, y afirma, alterando la verdad histórica:

«El doctor Carlos J. Finlay, de La Habana, había sugerido hacia 1881 que la teoría del mosquito resultaba muy probable al tratarse de la fiebre amarilla, pero no había presentado ninguna prueba experimental. Los descubrimientos de *Manson*, *Roos*, *Grassi* y *Bignami*, habían demostrado hacía un origen similar tratándose de la malaria. *Reed* y sus colegas tuvieron la fortuna de enunciar, casi al mismo tiempo, una hipótesis que resultó totalmente justa».

En el prefacio de esta misma obra *La lucha contra las enfermedades*, el doctor *Winslow* afirma:

«La estructura de la moderna epidemiología no quedó aún completa sin embargo. A lo largo de la última mitad del siglo XIX, *Pettenkofer*, en Munich, levantó de nuevo el crédito de los factores miasmáticos en la producción de la peste; porque la teoría microbiana de *Pasteur* dejaba aún sin solución

dos grandes enigmas: 1. El de que resultaban enfermas personas que no tenían contacto con el paciente. 2. La inmunidad de personas que estaban en contacto con el paciente. A la primera pregunta se contestó con la demostración de que un insecto podía ser el vehículo trasmisor; a la segunda por medio de la baja viabilidad del microbio y por medio de los análisis de los medios de infección. Con estas aportaciones a la verdad científica, la teoría microbiana quedó ya como una de las más notables obras maestras del pensamiento humano».

Como se ve, el autor no quiere reconocer el descubrimiento de *Finlay*, determinan específicamente que era el mosquito *Aedes aegypti* el vehículo trasmisor de la fiebre amarilla, apoyado en múltiples experimentos, como lo prueba toda la historia finalista a través de una extensa relación de hechos y que vino a ser el complemento que faltaba a la teoría de *Pasteur* para completar la obra que señala en las propias palabras que acabamos de copiar. En cuanto a las teorías miasmáticas, sí fue la Comisión Americana la encargada de comprobar su mala aplicación en el caso de la fiebre amarilla. Fue entonces, y ante esta evidencia, que volvieron a *Finlay* para comprobar por sí, lo que ya estaba confirmado plenamente por los experimentos del sabio cubano.

Además, se contradice en sus propias afirmaciones el doctor *Winslow*, pues en el propio capítulo XVII, dice:

«Ya hacia el año 1876, Manson había demostrado la presencia del parásito de la filariosis en el mosquito; pero en este caso, el germen en cuestión era un gusano parásito, de tal manera que el fenómeno apareció como un caso aislado y no ejerció la menor influencia sobre el pensamiento epidemiológico en general. El problema más amplio de un agente trasmisor, se planteó sólo en el año 1889, gracias a los estudios de *Smith* y de *Kilborne* en las fiebres del ganado de Texas».

A esto respondemos que fue *Finlay*, en la Conferencia Sanitaria Internacional, celebrada en la ciudad de Washington el 18 de febrero de 1881, quien como delegado de Cuba y Puerto Rico, afirmó rotundamente:

«Mi opinión personal es que tres condiciones son, en efecto, necesarias para que la fiebre amarilla se propague: 1. La existencia previa de un caso de fiebre amarilla comprendido dentro de ciertos límites de tiempo con respecto al momento actual.

2. La presencia de un sujeto apto para contraer la enfermedad.
3. La presencia de un agente cuya existencia sea completa

mente independiente de la enfermedad y del enfermo, pero necesaria para transmitir la enfermedad del individuo enfermo al hombre sano».

Y el 14 de agosto del propio año de 1881, leyó en la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, su trabajo *El mosquito hipotéticamente considerado como agente de transmisión de la fiebre amarilla*, y señala, clara y definitivamente, que es el mosquito el intermediario - hecho que apuntó en Washington sin defender qué clase de agente-, pero en la Academia de Ciencias sí determinó la clasificación del insecto fatídico que llevaba la enfermedad y la muerte a los humanos, diezmando poblaciones; y señaló que exterminándolo, por los medios que también apuntaba, se controlaría la fiebre amarilla y, por consiguiente, las demás endemias transmitidas por el mosquito.

Es más, la afirmación a que llega el doctor *Winslow* queda desmentida por las propias declaraciones del general *Leonardo Wood*, al reconocer a *Finlay* todo el mérito del descubrimiento, más que probado por la documentación y por los hechos. Es lamentable que profesores de recia personalidad científica no se documenten mejor antes de hacer afirmaciones como ésta que alteran la verdad histórica, y que en la referencia a su autoridad, otros escritores consolidan y propagan tales falsedades a través de las distintas obras, crónicas o ensayos.

Tal actitud, francamente enemiga de la fama de nuestro sabio, se nos muestra en diversas formas en la VII Conferencia Internacional Americana, celebrada en Montevideo. Allí el doctor *Herminio Portell Vilá*, delegado de Cuba conjuntamente con el doctor *Carlos Prio Socarrás*, hoy Presidente de la República, presentó una moción solicitando la creación del Instituto Panamericano de Medicina Tropical «Carlos J. Finlay», en La Habana y fue derrotada por oponerse los delegados norteamericanos, entre ellos el embajador *Weddell* y el doctor *John D. Long*.

También los ingleses se han mostrado renuentes a reconocer la obra finlaísta. Así vemos cómo en la Enciclopedia Británica se omite su nombre. Y no nos asombramos pues científicos de la calidad del profesor *Osler* tuvo que ser refutado por el doctor *Juan Cuiteras*, cuando aquél desconoció la obra de *Finlay* en su estudio sobre las transmisiones de enfermedades por insectos chupadores de sangre; y este hecho ocurrió en 1910; y aun en libros de medicina de Inglaterra y en numerosas publicaciones inglesas, se sigue incidiendo en el mismo error, o en la misma intencionada superchería.

En nuestra América también se han publicado numerosos libros, algunos traducidos de obras americanas, francesas e inglesas, que

propagan el error histórico. Entre éstos se encuentra una biografía del gran científico brasileño *Oswaldo Cruz*, quien erradicó la fiebre amarilla del Brasil. La obligada referencia a nuestro país fuerza al autor a tratar de los trabajos de Cuba. Pero no se cita, ni una sola vez, el nombre de *Finlay*. Me refiero a la obra *Oswaldo Cruz (El Pasteur del Brasil)*, por *Phocion Serpa*.

En otra obra, *Los Progresos de la Sociedad y de la Medicina*, de *Bernhard J. Stern*, de gran circulación en los Estados Unidos, y que ha sido traducida al español y se encuentra circulando en todos los países de la América, al relacionarse los distintos descubrimientos científicos del siglo XIX, se olvida el descubrimiento de *Finlay*. No se menciona ni la obra ni el descubridor. A primera vista parece que para este autor el hecho de haberse descubierto el mosquito como agente de transmisión de una de las enfermedades más mortíferas de los trópicos, carece de valor y de mérito para figurar en las páginas de la Historia. Pero no, el autor considera de gran importancia el hecho extraordinario de haber sido dominada la fiebre amarilla por la ciencia, lo que no tiene valor, importancia ni merecimiento es la obra del sabio cubano que tras largos años de estudio, de labor, de esfuerzos, logró realizar el magno descubrimiento. Por eso silencia su nombre al afirmar:

«Las campañas contra la viruela, el cólera, la fiebre tifoidea, la fiebre amarilla y la sífilis se transformaron en cruzadas para la salvación de vidas y la reducción de los promedios de enfermedad, en las cuales han tomado parte preponderante instituciones del Estado y filantrópicas».

En otro libro, *Microbios que invalidan*, del doctor *T. Arthur Turner*, realizado con la colaboración del doctor *Edward L. Compere*, publicado en los Estados Unidos y traducido al español, también se omite el nombre de *Finlay* para darle toda la fama a *Gorgas*.

Si el mal informado autor hubiera leído los informes oficiales del propio comandante *Gorgas*, hubiese encontrado, entre otras numerosas referencias de admiración a la teoría finlaísta, la siguiente:

«La teoría del doctor *Finlay* fue tomada por el comandante *Reed* y la Comisión del Ejército que la experimentaron en seres humanos, demostrándose, como ninguna otra teoría de la medicina lo ha sido, en el transcurso de un año».

Y añade en su informe:

«El Gobernador Militar de Cuba la adoptó, haciendo una aplicación práctica de ella en un lugar donde la fiebre amarilla

había sido endémica durante 200 años, eliminando la enfermedad en el transcurso de uno. No conozco ninguna teoría establecida por ningún hombre de ciencia que obtuviera tan rápida y brillante sanción y que fuese aplicada con tanto éxito por aquéllos que ejercen el poder».

En otra obra, también publicada recientemente, titulada *Europa desde 1850*, cuyos autores son los profesores *Harrison C. Thomas* y *William A. Hamm*, en la sección III, Capítulo XIII, al relacionar los descubrimientos científicos del siglo pasado, atribuyen al doctor *Walter Reed* el descubrimiento del mosquito como agente de transmisión de la fiebre amarilla. El doctor *Mariano Sánchez Roca*, director de la revista «Crónica», refutó oportunamente el indocumental aserto, señalando a los dos profesores norteamericanos su error histórico, su injusticia y su desconocimiento en la materia.

El doctor *Mario E. Dihigo*, distinguido médico y profesor, uno de los preocupados de las glorias del gran sabio cubano, refutó a los profesores norteamericanos, doctores *Arthur Baker*, supervisor de ciencias de los High Schools de la ciudad de Cleveland, y *Lewis H. Mills*, director del «William Dean Howells High School» de la misma ciudad, por haber desconocido la obra de *Finlay*, atribuyéndosela al doctor *Reed*, en su libro titulado *Dinamic Ryology Today*.

Pero, ¿para qué vamos a continuar relacionando libros, si cuando acudimos a la mayoría de los diccionarios, tanto americanos como españoles o sudamericanos, vemos que en casi ninguno aparece el nombre de *Finlay*, ni referencia a su descubrimiento al hablar sobre la fiebre amarilla?

CONTROVERSIA PERMANENTE

Esta controversia permanente que hemos mantenido infatigablemente los finlaístas, para defender la gloria del sabio cubano, pareció que iba a ser determinada con un pleno y justo reconocimiento de la verdad... Ciertas declaraciones de carácter oficial hechas por los norteamericanos, promovieron un movimiento de opinión favorable, proclives a dilucidar de una vez y para siempre este constante polemizar por los fueros de la justicia y la verdad histórica.

La Academia de Ciencias de La Habana, por boca de su presidente, el doctor *José A. Presno*, en la sesión pública del 3 de diciembre de 1945 hizo la declaración de que se pone fin al debate, aceptando los documentos del Director General de Sanidad del Ejército de los Estados Unidos, *Jefferson Randolph Keen*, dirigidos al doctor *Domínguez Roldán*, y los artículos del Profesor Emérito

de la Universidad de Tulane, doctor *Rudolph Matas*, así como el número del Congressional Record, de Washington, con el discurso de Mr. *Sol Bloom*, Presidente de la Comisión de las Relaciones Interiores de la Cámara de Representantes, que se conservan en los archivos de dicha corporación.

Empero, la discriminación contra *Finlay* continúa y la controversia persiste. En tal virtud suscribimos totalmente el criterio sustentado por el doctor *Juan Govea*, cuando clamaba, en un trabajo publicado en el Boletín del Colegio Médico de la Habana, por el mantenimiento de la polémica permanente, ya que su gloria seguía siendo amenazada por el olvido, primero, por la usurpación, después, toda vez que en la mayoría de las obras sobre fiebre amarilla que se publican en los Estados Unidos se ignora a *Finlay* y se atribuye al descubrimiento del doctor *Reed*.

No podemos terminar la controversia, la polémica, tenemos que seguir saliéndole al paso, sin estridencia, pero serena y valientemente a todos aquéllos que de una forma o de otra tratan de disminuir la gloria de *Finlay*, porque esa gloria pertenece a Cuba, y por ello significaría mantener una injusticia y hacerse cómplice de una falsedad de carácter histórico.

El doctor *Walter Reed* fue honrado en los Estados Unidos como el héroe, el conquistador de la fiebre amarilla; tanto es así que el propio Congreso norteamericano colocó su busto en sus salones con una inscripción que era todo un atentado a la verdad histórica

Y fue sólo por las protestas cubanas que dicha inscripción fue eliminada y trasladado el busto para el hospital «Walter Reed»; pero la actitud en ésta y en todas las ocasiones, es la misma: ignorar o negar a *Finlay*. Quitaron el busto de *Reed* del Congreso, pero pusieron otro en el Hall de la Fama, junto a las efigies de los grandes norteamericanos. Una hábil discriminación reiterada contra *Finlay*, que es a quien corresponde la inmortalidad por haber descubierto el agente trasmisor y el medio de erradicación de la fiebre amarilla; y, sin embargo, se coloca en ese gran monumento al doctor *Reed*, porque este templo de la fama es exclusivamente para norteamericanos y en él no se puede reclamar la colocación del busto de *Finlay*. Por tanto, para los que lo visitan, para los que le rinden homenaje a estos ilustres hijos de los Estados Unidos de América, figura el doctor *Reed*, por sus trabajos sobre fiebre amarilla. Gran homenaje al médico norteamericano, a sabiendas de que la calidad de la obra científica realizada no justifica el honor que se le rinde; pero lo que se pretendió hacer sin decirlo, ni expresarlo, ni hacerlo constar es que la mentalidad de todo norteamericano o extranjero que visite el Hall de la Fama se impresione

con lo glorificación de Reed -y no Finlay- como el vencedor de la fiebre amarilla.

No nos oponemos a que se honre cumplidamente al valioso médico norteamericano, siempre que se honre también de modo principal a *Finlay*, de cuya gloria la de Reed es un reflejo, el efecto de una causa general.

El busto del doctor Reed en el Hall de la Fama es una forma indirecta de consagrar, por omisión, el gran delito del panamericanismo, de usurpar y menoscabar las glorias legítimas del gran sabio cubano y de la nación antillana donde naciera y culminara su descubrimiento extraordinario.

Y es así como en los libros, en los periódicos y revistas, en los anales históricos y en los mármoles y bronce imperecederos, se consagra un gran fraude internacional, y cada día, cada año, se añade cuerpo a la mixtificación mientras la figura augusta de *Finlay* se va hundiendo en las sombras brumosas del pasado.

¿No tiene nada que objetar a esta discriminación la Organización de Estados Americanos? Cuba y todos los países liberados del azote de la fiebre amarilla en el Continente sí tienen mucho que objetar ante esa política deformadora de la verdad histórica y ante el falaz concepto, en este caso, de la política del amor, de la amistad, el respeto y el servicio recíproco consagrada en la Buena Vecindad.

Hay que señalar un hecho trascendente, por cuanto tiene de excepción, por cuanto tiene de reconocimiento de la obra finlaísta, la iniciativa del doctor *Carlos Ramírez Corría*, Ministro de Salubridad y Asistencia Social y profesor de la Universidad de La Habana, quien ha propiciado el emplazamiento de un busto de *Finlay* en la ciudad de Miami, en Estados Unidos de América, que ostenta la siguiente inscripción: «Carlos J. Finlay. 1833-1915. *Who discovered the trasmission of yellow fever by the mosquito and made it possibfe to overcame such a terrible source. The world regard this Cuban scientist as a breat benefactor of humanity*». (Carlos J. Finlay. 1833-1915. Descubridor de la transmisión de la fiebre amarilla por el mosquito y quien hizo posible eliminar tan terrible mal. El mundo entero admira a este científico cubano como un gran benefactor de la humanidad).

Este busto ha sido colocado en la Avenida Collins, una de las más céntricas de la ciudad de Miami, y se debe al artista *Domingo Ravenet*, quien con trazo firme captó la figura esclarecida del sabio cubano, haciendo notar en el gesto, toda la bondad de este

noble anciano, de quien dijo el ilustre médico español, miembro distinguido de esta corporación, doctor *Gustavo Pittaluga*:

«Nadie podrá jamás separar el nombre de *Carlos J. Finlay* de este conjunto de extraordinarios descubrimientos que ha abierto una nueva era en el progreso científico en beneficio de la Humanidad. La lucha victoriosa contra la fiebre amarilla no hubiera sido posible sin el genio tesorero de *Finlay*, que se obstinó felizmente, en demostrar su verdad».

Esta estatua es el primer monumento de piedra y mármol que de manera permanente se rinde en territorio americano al genio inmortal de *Carlos J. Finlay*. Este hecho, que analizamos incidentalmente. No tiene mayor trascendencia en Estados Unidos, pero para nosotros debe revestirse de altísima significación, pues es la primera vez que en tierras norteamericanas se honra de manera tan ostensible su memoria, con una inscripción de que es un reconocimiento pleno de su obra. El doctor *Ramírez Corría* es acreedor de gratitud por este hecho de importancia reivindicatoria, pues llevó el homenaje a la misma tierra que elevó a *Reed* al Hall de la Fama. Pero, ¿pero debemos contenernos con este noble gesto aislado? La respuesta es obvia: ¡no! Les resta mucho por hacer a los cubanos para que la verdad y la justicia resplandezcan en el caso de este médico insigne a quien se le discute, o se pretende ignorar, la grandeza de su obra.

«Hablar de *Finlay* —como decía el doctor *Alfredo M. Petit*—, es reiterar una y otra vez, la admiración unánime de los hombres y de los pueblos que han sido bien informados de la realidad histórica en torno a su figura y a su significación señera y cardinal en la conquista de los conocimientos humanos al señalar y demostrar de modo irrefutable cuál era el agente transmisor de la fiebre amarilla».

Además, la razón fundamental e incontrovertible del éxito de la doctrina finlaísta fue que «desde 1850 a 1904 murieron en Cuba por fiebre amarilla 103,976 personas», según el estudio epidemiológico y profiláctico realizado por el doctor *José A. Martínez Fortún*. Y el doctor *López del Valle*, afirmaba: «En muy pocos meses, fue desterrada de Cuba la fiebre amarilla, enfermedad que de 1854 a 1901, había ocasionado en la Habana 35 544 defunciones. Esto es, expuesta con la elocuencia muda pero significativa de los números la gloria de *Finlay* y expresa en lo que a nosotros respecta, lo que se debe a su descubrimiento genial».

«El doctor *Finlay* —como afirmó *Guiteras*— entregó a la Comisión Americana los mosquitos que tenía en su laboratorio y que sirvieron para sus primeros experimentos. Hacia veinte años que los venía

criando en tubos de ensayo y en pomos, de la misma manera que emplearon después Ross, *Grassi* y otros, y venía sometiendo a dichos insectos a una serie de ingeniosos experimentos cuidadosamente anotados».

Y, ¿cómo pueden atribuirse los norteamericanos la gloria de *Finlay*, si ellos no creyeron nunca en la teoría finalista?, según cuenta el doctor *Albert E. Truby*, en su obra *Memorias de Walter Reed*.

En verdad, nadie creyó en ella, y solamente en último extremo, cuando habían fracasado todos los sistemas, cuando la epidemia amarilla se hacía cada vez más intensa y arrasaba a su paso con nuevas víctimas, inclusive, ya no sólo había que anotar vidas de españoles y nativos, sino que había tocado a los soldados americanos, se hacía necesario hacer un último esfuerzo y no había más remedio que apelar y realizar la prueba de la teoría mantenida por *Finlay* desde 1881 y negada por las Comisiones Médicas Americanas por el propio *Reed*, *Carroll*, *Gorgas*, *Sternberg* y los propios cubanos, con excepción de esa figura extraordinaria, de ese médico español que se llamó el doctor *Claudio Delgado*, y quien fue el único fiel a la doctrina de *Finlay*, el único compañero leal que no lo abandonó ni en aquellos instantes de mayor desaliento. *Delgado* fue para *Finlay* más que un amigo un verdadero hermano. Eran dos seres compenetrados en el campo de la experimentación y de las investigaciones científicas. Anhelaban ambos un ideal: librar al mundo del azote amarillo.

Claudio Delgado no sólo se compenetró con su doctrina, sino que fue su eficaz colaborador, además de su apoyo en los momentos amargos de incompreensión, descreimiento y burlas contra el «hombre de los mosquitos» como se llamaba despectivamente a *Finlay*.

Pero, si en aquellos días podía excusarse la incredulidad, incapacidad mental de los que no podían seguir al águila en su vuelo majestuoso, no hay excusas para los que desconocen o niegan el hecho científico después de realizado por un sólo hombre genial, *Carlos J. Finlay*. Entre éstos hemos de incluir la Fundación Rockefeller, de gran prestigio internacional por sus importantes obras científicas, que al rendir unos de sus informes sobre trabajos realizados en Centro y Sur de América acerca de la fiebre amarilla, se olvida de *Finlay* y atribuye el gran descubrimiento al doctor *Reed* y la Comisión Militar Americana. Ello provocó como es natural, la protesta de todos los cubanos, y el gran médico y patriota *Diego Tamayo* hubo de publicar un trabajo en la Revista Bimestre

Cubana, donde, de una manera rotunda y terminante, hizo la siguiente afirmación:

«Ese informe, que se ha tachado de imparcial, hace el efecto de un historiador que al relatar el descubrimiento del Nuevo Mundo, hablara mucho de *Américo Vespucio* y sus acompañantes silenciando a *Colón*».

El ilustre médico doctor *Jorge LeRoy*, que dedicó toda su existencia a la reivindicación de *Finlay*, y que fue uno de los testigos presenciales de su lucha, de sus angustias, de sus trabajos y de su triunfo, refutó también, en admirable y documentado trabajo las afirmaciones erróneas de la Fundación Rockefeller y de otras publicaciones norteamericanas, y dice:

«Triste es en verdad que tener que convertirse en guardianes de la gloria de los benefactores de la Humanidad, para evitar su usurpación por aquellos que olvidaron el precepto *Non fortum facie* del viejo Código de Moisés silencian la verdad histórica»

Y agrega después:

«Se ha pecado por una crasa ignorancia o por una manifestación de usurpar la gloria del hombre más grande que ha producido la América en el terreno de la Medicina en el semisiglo pasado. Si es lo primero, hay que convenir que esa ignorancia es inaceptable en quienes ocupan elevada posición en el mundo científico. Si es lo segundo, sobre ellos debe caer todo el peso de la sanción condenatoria de los hombres amantes de la verdad y de la justicia».

Esta labor de silencio sobre el nombre de *Finlay*, este vacío extraordinario que se acostumbra hacer alrededor de la primera figura de la ciencia médica y de la investigación científica en todo lo relativo a la fiebre amarilla y que constantemente estamos observando en libros, diccionarios, conferencias, discursos, etc., tienen que tener un contén en la labor cubana. Tenemos que salir a refutar cuanto se haga en este sentido. Desde mi humilde condición de periodista no he dejado pasar sin refutar estos hechos, tanto por patriotismo como por defender los fueros de la verdad histórica. Hay que señalar que también ahora son muchos los que igualmente coinciden en el mismo error -en casos de carácter individual, desde luego— pero jamás se ha hecho un movimiento de carácter colectivo, ni se han utilizado los canales diplomáticos para hacer constar nuestra protesta cada vez que se ha atentado contra su gloria.

«Es una baja y cobarde conjura del silencio -ha dicho el doctor *Francisco Domenech* en su obra 'El hombre', desconocido por *Carrell*-, en la que nos niegan y nos callan a *Finlay*, a *Poey*, a *Albarrán*, a *Lluria*; tanto en sus libros, como en sus periódicos, congresos, conferencias y hasta en las películas».

De acuerdo con la definición de *Medardo Vitier*, sobre el principio imperante de lo que significa «un acontecimiento» en los manuales de Historia, nosotros estimamos que el «acontecimiento finalista» debe ser ampliamente reflejado en las páginas de nuestra Historia, pues el hecho, por su importancia, requiere el Capítulo que estamos reclamando para el gran éxito científico de Cuba, ya que el descubrimiento sólo es comparable como lo realizado por *Jenner* con la vacunación contra la viruela, según dijo el general Wood. Es el acontecimiento - como dijo *Emil Ludwig*- que representa el centro ideal de la Historia de Cuba, pues ha sobrevivido a todo lo realizado desde los tiempos del desembarco de *Colón*.

Sobre *Finlay* y su obra, dijo el ilustre médico argentino doctor *Carlos Alberto Castro*:

«*Walter Reed* obtuvo de *Finlay* ideas, planes e inspiración y también las larvas de «*Culex*» (*Aedes aegypti*), de donde creó los mosquitos usados en sus experimentos, llegándose por fin a adoptar el plan de campaña que desarraigó de Cuba la endemia de la fiebre amarilla. Lo demás es la corona de verde laurel que ciñe la frente de un sabio auténtico. De un *Pasteur* americano, tan grande como éste o quizás más. .. en la paciencia y en la larga servidumbre de un ideal despreciado. Pero con todo, sólo un *Pasteur* en el otro continente, puede resistir comparación con la reciedumbre y las latitudes y longitudes dimensionales de un *Finlay*».

FUNCION DE LOS ANALES DE LAS ACADEMIAS DE LA HISTORIA

Es muy importante dejar bien aclarado en el papel impreso que corre de generación en generación transmitiendo los hechos ocurridos en las distintas épocas, y nada mejor que los propios Anales de las Academias de la Historia del mundo, fuentes de veracidad indiscutible en la que todos los investigadores tienen que ir a buscar los datos fidedignos de los hechos pretéritos acaecidos, que conste de una manera oficial, sin lugar a dudas de ninguna clase, sin hipótesis, la verdad histórica del caso específico de la fiebre amarilla, de todo el proceso de la misma y de la formación, desarrollo e influencia de la personalidad de *Finlay* en la época de su descubrimiento.

Y con ello se lograría, que cuando el investigador, el historiador, el hombre de ciencia, el profesor, el profano, busquen la verdad de estos hechos, encuentren el dato cierto y puedan, al confeccionar sus obras, tener una base firme, inconfusa, para poder hacer las interpretaciones que quieran, las consideraciones que estimen por conveniente, los comentarios que se les ocurran, pero tomando como base de las mismas las fuentes donde está la verdad, esa verdad única que debe esculpirse en las páginas de la Historia.

Finlay tenía la «paciencia científica del hombre de ciencia», según dijo el doctor *Jorge Mañach*, confirmado así el criterio mantenido por el gran fisiólogo francés *Maurice Arthus*, cuando afirmaba que para la labor de la investigación se requiere tenacidad y paciencia, «una paciencia meritoria exige un control inexorable de sí mismo». Y ése es el caso de *Finlay*. Pero también tenía el coraje para luchar contra el medio hostil que lo asediaba, que lo acorralaba, que lo combatía, que lo negaba a cada paso, que lo tildaba de loco y contra todos venció porque era dueño de la verdad. . . Y contra la verdad nadie puede luchar. Esta siempre triunfa. Algunas veces algo tarda, pero siempre resplandece.

Finlay pudo sobrevivir al triunfo de su doctrina. Pudo presenciar el hermoso espectáculo de la desaparición de la fiebre amarilla con su secuela de espanto y de muerte de su propia patria, pudo observar cómo su descubrimiento, cómo sus recomendaciones, cómo su teoría «hiptética» lograban el saneamiento general del Istmo de Panamá y hacían posible la construcción del gran Canal, pero también a pesar de los honores, de los grandes honores con que fue colmado por su triunfo, tuvo que sufrir el olvido, el vacío, que le regatearan su gloria y hasta que pretendieran arrebatarla.

Pudo exclamar *Finlay* con *Claude Bernard*: «Los disgustos y los honores me han abrumado a la vez».

Pero ni después de muerto el sabio cubano pudo alcanzar para su nombre, su obra y su gloria el lugar augusto que legítimamente le corresponde en los anales de la Ciencia y en las páginas de la Historia.

Aún se discute su gloria. . . Aún prevalece su signo de eterna lucha contra la insidia, la usurpación y las malas artes. Por eso el sabio, toda humildad cristiana y toda grandeza, en el III Congreso Médico Panamericano, dejó encomendada a la Historia la tarea de consignar la génesis de su descubrimiento y de seguir la trayectoria científica de su obra que es entregada simbólicamente, en aquel acto confirmatorio, a la Ciencia, a la Patria y al servicio eterno y creador de la Humanidad.

La Historia, nuestra Historia, tiene un deber incumplido para con *Finlay*: desentrañar aquella vida científica, reivindicarla en términos absolutos y ofrecerla en bandeja de plata a la posteridad, para que resplandezcan en todo su fulgor la grandeza de la obra y las virtudes del hombre. Ambos constituyen edificantes ejemplos para las juventudes «que aman y fundan», que piensan y trabajan.

Su mensaje, al entregar el patrimonio de su obra a la Patria y a la Humanidad, debe ser recogido, interpretado y esclarecido por la Historia.

Estas humildes palabras mías han pretendido solamente traer a la consideración de esta ilustre Academia algunas de las múltiples formas de la maldad, de la insidia o la ignorancia internacionales que amenazan destruir del todo la gloria legítima de *Finlay* y de Cuba, andando el tiempo, cuando falten los defensores contemporáneos y aislados de aquella heroica cruzada científica e histórica de un gran descubrimiento mundial.

He volcado aquí esa información dispersa, recopilada con sentido periodístico, a la manera que *Catón* arrojó sobre los mármoles del Senado romano unos higos maduros que fueron tomados en suelo cartaginés tres días antes mientras repetía su infatigable ritornelo oratorio: «Delenda est Carthago».

Pes bien, señores académicos: aquí están sólo algunas muestras de la hostilidad extranjera contra *Finlay*. Las dejo en vuestras doctas manos con la misma intención catoriana de advertencia constante ante el peligro, para repetir con insistencia periodística: La conjura de falsedades, de verdades a medias y de omisiones contra la gloria de *Finlay*, debe ser destruida.

